

## *Abstract*

*This essay raises our discussion in three parts. In the first part, it will be sustained that in a society in which Christianity does not appears neither like horizon nor like structural principle, only who has a real relation with God will be christian, since every time is going to be more difficult to maintain a sociological Christianity. Nevertheless to palliate this situation without having to face the difficulty of a personal relation with God, part of the ecclesiastical Institution proposes a corporative form of christianity, through a closed space in which what is christian functions as signs of identity within a corporal spirit, and not as much as personal relation with God and the others. In this atmosphere of poschristianity, christian prophecy consists in living history, free of the totalitarian market and, from here, transform it.*

---

\* El P. **Pedro Trigo** es jesuita venezolano de origen español riojano, nacido en 1942. Estudió Letras y Filosofía en las Universidades Católicas de Caracas y Quito, donde se licenció en Filosofía en 1966. Luego se doctoró en Teología en la Universidad de Comillas (Madrid) en 1980. De 1964 a 1966 tuvo contacto con Monseñor Proaño en Ecuador sintiéndose desde entonces comprometido con el tipo de Iglesia y de pastoral que él representó. En 1973 fue discípulo de Gustavo Gutiérrez en Lima. Desde 1972 ha participado regularmente en encuentros de teólogos latinoamericanos. Desde el año 1973 pertenece al Centro Gumilla (Centro de Investigación y Acción Social de la Compañía de Jesús en Venezuela), del que ha sido director. Es profesor de teología en el ITER de Caracas. Vive en una parroquia popular y acompaña a comunidades cristianas populares. Anima y asesora a la Vida Religiosa en Venezuela y América Latina, comprometido en un esfuerzo intercongregacional en orden a una Vida Religiosa inserta e inculturada en los medios populares. Escribe regularmente en varias revistas de pensamiento españolas y latinoamericanas, sobre todo en temas de teología. Además de ser profesor, es Director del Departamento de Investigaciones del ITER desde 1996. Tiene numerosa publicaciones y escribe en varias revistas.

*The second part proposes that the mystic form of the Religious Life is to leave everything behind, so that everything is born from the relation with God and the pursuit of Jesus, different, in this sense, of the mystic form of lays that consists in the absolute character of the relation with God between many other relations. The prophecy would born from the specificity of this relation. The third part is centered in two realities that our Religious Life encounters today in Latin America: the tendency towards a corporative way of life, as opposed to the shared incarnation, and the emergency of new subjects that request to accompany them and to open to them in their own configuration and newness.*

## **I MÍSTICA Y PROFECÍA A PRINCIPIOS DEL SIGLO XXI SÓLO EL MÍSTICO SERÁ CRISTIANO**

La frase tan invocada de Rahner de que en el siglo XXI el cristiano o será místico o no será cristiano (*Espiritualidad antigua y actual*. En Escritos de Teología VII. Taurus, Madrid 1967,25) significa que en un ambiente postcristiano en el que el individuo no puede contar con pautas emanadas de la autoridad que prescriban comportamientos cristianos y dificulten los contrarios (como sucedía en la cristiandad), ni con ambientes cristianamente cultivados que inculquen motivaciones y propongan modelos y caminos para vivir en congruencia con la fe profesada (como pasaba en la restauración de la cristiandad y en la nueva cristiandad), el cristiano debe atenerse a lo que le salga de dentro, debe ser él mismo fuente de su vivencia cristiana. Por tanto, si no tiene una relación personalizadora con las personas divinas, acabará por no ser cristiano. Místico no alude, pues, a ningún fenómeno extraordinario, pero sí denota una relación realmente personal con el Dios de Jesús y con el mismo Jesús de Nazaret; significa que uno sea un verdadero sujeto religioso, tanto que donde el cristianismo no sea ya valor de cambio, siga siendo para él valor de uso, es decir que si en donde vive él fuera el último cristiano, seguiría siéndolo con la alegría de quien vive un tesoro inestimable que no está dispuesto a perder por nada del mundo.

Hay que decir que esta situación se da ya en muchos ambientes de las grandes ciudades. Muchos cristianos no sólo no encuentran confirmados sus valores cristianos en su lugar de trabajo, en sus grupos de interés e incluso en su familia sino que con frecuencia los ve desmentidos, de tal manera que debe obrar a contracorriente, desmarcándose dolorosamente de seres muy queridos.

Otras veces se viven algunos o bastantes de esos valores, incluso de modo eximio, pero sin ninguna referencia a Dios ni a Jesús de Nazaret. No se puede ocultar que esta situación vital de desabrigo, de inclemencia, de falta de hogar es vivida con dolor y es fuente de desgaste, incluso es causa de crisis de fe.

Otras veces la situación no se presenta tan dramática ya que uno consigue apoyos en parte de sus grupos de referencia: puede ser que en ellos haya gente con la que uno comparte la fuente de su vida o que uno de esos grupos sea para eso o que algún familiar cercano o amigo íntimo es cristiano como uno o que tiene referencias sólidas de otras personas y grupos con los que uno interactúa de vez en cuando y que de todos modos son grupos permanentes de referencia. Aun en ese caso, si uno trata de actuar en todos los niveles de su existencia de modo consciente y libre, la coherencia personal le exige que su vivencia cristiana sea no sólo personalizada sino que de algún modo lleve la pauta en su vida, es decir que colorea cada uno de sus aspectos. Esta coherencia con frecuencia tiene hoy un precio muy alto.

Hay ambientes tradicionales que son aún predominantemente cristianos en el sentido de que están imbuidos de referencias explícitamente cristianas; pero aun en ellos es frecuente que la generación joven viva ya de otras pautas, aun sin decir que no a la fe de sus mayores. No creo que se pueda esperar que en América Latina vayan a subsistir ambientes modelados por la cultura cristiana y menos aún por la institución eclesiástica. Incluso habría que distinguir cuidadosamente si las referencias cristianas de épocas pasadas entrañaban propuestas trascendentes o servían para disimular comportamientos antievangélicos. No hay que ocultar que no pocas veces la profesión pública de cristianismo de quienes configuran y usufructúan situaciones de pecado ha constituido un verdadero escándalo. Sin embargo, sea como sea, lo cierto es que no pocos, sin discernimiento evangélico, se sentían en su casa; incluso si había pecados, les parecía que eran pecados "cristianos", ya que al aceptar que la sociedad era estructuralmente cristiana se habían acostumbrado a ciertos pecados, sobre todo de doble vida e injusticia, con los que la institución eclesiástica transigía. Ahora para muchos lo que parece eclipsado es nada menos que el mismo Dios.

Ante una situación en la que la hipótesis Dios no funciona y que por eso muchos sienten como amenaza a la fe, que no quieren perder, hay una tendencia ambiental a configurar ambientes más o menos cerrados y autosubsistentes, es decir corporativos. En ellos todos tienen el mismo lenguaje, las mismas prácticas, los mismos puntos de referencia, incluso los mismos símbolos, que funcionan más bien como iconos, el mismo imaginario, los mismos líderes. Como lo

corporativo da el tono al perfil institucional de la época, ya que la institución que la lideriza es por ahora la corporación mundializada, esta corporativización de los espacios religiosos no sólo no se ve como una anomalía sino que se aprecia como un signo de modernidad, como una señal de que se está conectado con el tiempo. El que vive su cristianismo corporativamente puede ser una persona que nada como pez en el agua en la lógica del mercado corporativizado, es decir que vive montado en ese esquema y lo usufructúa a fondo, ya que para él ese campo no es cristianamente significativo. La vivencia cristiana la vive fuera del mercado, en su medio cristiano corporativizado, en el que todos se reconocen y encuentran, ya que el medio está constituido precisamente en base a señas de identidad compartidas por todos y esmeradamente cultivadas porque son la fuente del sentido. Es un modo barato de no sentir la crisis, de no tener que plantearse la relación personalizada con Dios, so pena de perder la fe. En estos ambientes protegidos no es imperativo que uno sea cristianamente adulto, como sí lo es en el ancho mundo. Más bien la vivencia cristiana personalizada sería un obstáculo.

Hay responsables de la institución eclesíastica que piensan que lo mejor es enemigo de lo bueno, es decir que, si Dios envía muchos de esos cristianos adultos, debemos aceptarlos con alegría, pero que no es estadísticamente probable que surjan muchos así, que lo normal es y será que la Iglesia esté compuesta mayoritariamente por los que son cristianos más o menos, y que por eso la Iglesia tiene que ser el ámbito de los débiles en la fe, de los que la viven con la ayuda de un ambiente propicio porque, de no ser así, desfallecería. Se dice que no hay que apagar la mecha que aún humea, es decir que no es malo que la Iglesia se corporatice para que ella sea la casa de los pobres en la fe. Y que los cristianos adultos tienen que comprender a los débiles y no escandalizarlos con su libertad, que no está a la altura de ellos. Más bien deben entender su función como llevarlos en su fe.

Sin embargo esta propuesta cristiana, que sacrifica la significatividad para que entren los más posibles, no tiene mucho futuro y ni siquiera mucho presente porque, como la práctica cristiana institucional no es ya un componente significativo de socialización, cada vez hay menos gente interesada en este tipo de cristianismo masificado. Casi la única demanda que se mantiene es la de los ritos cristianos practicados aún por bastantes como ritos de pasaje; pero los que quieren una vivencia más personal tienen que buscarla en otras comunidades cristianas más vivas o ingresan al conjunto cada vez más extenso de católicos sin sentido de pertenencia eclesial. Dentro del catolicismo eclesíastico lo que va quedando es, pues, lo corporativizado. Todavía queda una minoría que vive su catolicismo como pueblo de Dios enraizado en el misterio cristiano y encarnado

por eso solidariamente en su situación. Pero hay que decir que a este tipo de católico cada vez le resulta más difícil conseguir una comunidad eclesial que alimente esta vivencia y ofrezca cauces para expresarla.

## LA MÍSTICA COMO PROFECÍA Y COMO CONDICIÓN DE POSIBILIDAD DE QUE LOS PROFETAS LO SEAN

En estas circunstancias ¿qué significa la profecía? La labor del profeta es discernir los signos de los tiempos e intimar a la Iglesia y a la sociedad la voluntad situada de Dios. Pero ¿hay todavía profetas? ¿Qué puede significar hoy ser boca de Dios? ¿Habrá alguien tan osado que pretenda que por él habla Dios?

Toda la Iglesia y aun toda la humanidad ha recibido el Espíritu del Crucificado resucitado; todos somos, pues, enseñados por Dios y, en cuanto lo escuchemos y nos dejemos mover por su impulso, todos somos de hecho profetas. Así pues, sin pretenderlo, por todos, por unos más que por otros, habla el Espíritu. Y habla sobre todo por la convergencia de quienes de diversos modos se dejan llevar por su impulso. La *Gaudium et Spes* ve el dinamismo del Espíritu en los que cultivan, tanto en sí mismos como en los demás, la dignidad, la libertad y la fraternidad (39,38,26,22,10), en los que de este modo tratan de dar un alma a tantas interconexiones mediáticas, económicas y políticas. Para este documento conciliar es tan trascendente este empeño por sembrar la justicia y la fraternidad en libertad que lo considera el signo de los tiempos por excelencia, es decir uno de los signos más dicentes y "verdaderos de la presencia o de los planes de Dios"(11).

Ahora bien, dentro de este carácter profético de todos los cristianos y de todos los que se dejan llevar por el Espíritu, y a su servicio, está el don específico de profecía. Si la profecía es un don, es claro que no se puede merecer. Porque la profecía no es el resultado de la aplicación responsable a auscultar por dónde va y debería ir el mundo y la Iglesia para que caminen dentro del horizonte del Reino, es decir del mundo fraterno de los hijos y las hijas de Dios. La profecía es indeducible porque Dios da sus dones a quien quiere. Pero para que su don sea percibido, uno tiene que ponerse en la onda de Dios. Es decir, que no todo místico, en el sentido aludido arriba, es un profeta en este sentido restringido; pero todo profeta sí tiene que ser místico.

Sin esta relación personalizada con Dios, se sustituye la profecía por las consignas de la corporación, es decir por lo que se cultiva y cocina dentro del grupo cerrado, de la institución, cuando se deja llevar por la lógica institucionalista. El problema es que como la corporación es religiosa, como

todo se hace en nombre de Dios, no se nota que no es Dios el que la interpela sino que trascendentaliza el espíritu de cuerpo, es decir que se sacraliza lo que el grupo cultiva y le sirve de cohesión.

Para la corporación la profecía es lo más disfuncional porque, como es realmente trascendente, es decir como no brota del propio grupo sino que es una interpelación de Dios al grupo, pone al descubierto que cosas que se hablaban o hacían en nombre de Dios y como obediencia a él, no eran sino creaciones del propio grupo. Por eso la corporación tiende a apagar la profecía sustituyéndola por la normalidad religiosa combinada con el entusiasmo. Pocas cosas dan más la ilusión de trascendencia que la normalidad religiosa, que una secuencia bien ordenada y cuidadosamente realizada de devociones y actos de culto. Es lo que se decían quienes conspiraban contra Jeremías: Matémosle "porque no faltará la ley al sacerdote, el consejo al sabio ni la palabra la profeta" (Jr 18,18). Si se le quita del medio al que hace ver que la normalidad está vacía, no pasará nada, seguirá imperturbable la normalidad religiosa. Si esta normalidad se combina con el entusiasmo es realmente difícil salir de la ilusión, pues el entusiasmo, la experiencia sensible de una emoción interna (y más si es compartida) en la que quienes la experimentan reconocen la moción del Espíritu, hace sentirse satisfechos, esa emoción es ya la presencia de Dios que colma, y no es precisa una conversión personal y exigentes obras transformadoras. Hoy el peligro no es que maten a los profetas sino que no tengan acceso a ninguna tribuna, que hablen al viento o que, cansados de tanta inclemencia, ellos mismos se confinen en círculos de iniciados, de modo que su voz no aparezca ya como de Dios sino como de otra corporación más.

### **SÓLO EL MÍSTICO ES LIBRE DEL FETICHE Y VIVE LA FLUIDEZ DE LA HISTORIA**

Desde este panorama, brevemente expuesto, surgen algunas preguntas. Unas se refieren a juicios de hecho, es decir a si es verdad que la situación va a ir por donde hemos indicado; otras al discernimiento cristiano de esta situación. La primera es si la dinámica de la situación, tal como la percibimos, va en la dirección del desabrigo, y complementariamente de la constitución de ámbitos corporativizados, o si pensamos que se va a mantener una situación de neocristiandad. La segunda es si la Iglesia debe mantenerse como una Iglesia sociológica a la que la gente entra para seguir la tradición de sus mayores, cuyos ritos cumple porque así es como se hace en su medio, o como una Iglesia de convertidos, como una Iglesia confesante, como una Iglesia de discípulos y testigos.

Mi posición es la siguiente: Con el concilio afirmo como conforme al plan de Dios la autonomía de las sociedades respecto de la institución eclesiástica y consiguientemente la descalificación cristiana de la dirección que está tomando la institución eclesiástica de sacralizarse como institución, incluso de corporativizarse, separándose del resto del pueblo de Dios y asumiendo el papel de tutelar a todos los cristianos y de dictar normas, que aspiran a tener validez jurídica, a la sociedad. La Iglesia siempre tendrá una expresión institucional, pero ella no es escatológica y por eso su configuración particular deberá guiarse por el criterio de lo que conduzca a lo definitivo, que es la constitución de las personas en hijas e hijos de Dios, en hermanas y hermanos, y por tanto la constitución del mundo en el mundo fraterno de las hijas e hijos de Dios. Esto significa que la secularización, entendida como la autonomía de la sociedad y los individuos respecto de la institución eclesiástica, y más todavía como la inmersión de la institución eclesiástica en el seno del pueblo de Dios, para servirle desde dentro, es deseable desde el punto de vista cristiano y va unida y es correlativa a la constitución del sujeto como ser autónomo y responsable, que es sin duda voluntad primaria de Dios.

Ahora bien, la secularización, entendida no como autonomía de la sociedad respecto de la institución eclesiástica sino como desreligiosización de la sociedad, no es tan claro que vaya a ser lo que dé el tono a la figura histórica que se implanta actualmente. La situación es compleja porque si es verdad que continúa avanzando el proceso de invisibilización de lo religioso en el espacio público, comenzando por los canales primarios de socialización, la familia, la escuela y los medios de comunicación, también lo es que la demanda pública de lo religioso va en aumento, no sólo por parte de los individuos sino de instituciones y grupos. Como el vacío es real, también lo es a veces la búsqueda de una auténtica religación; pero no raramente se busca una religión sin religación para paliar el vacío, digamos que a bajo costo, es decir sin transformaciones dolorosas porque tocan aspectos profundos de la realidad personal y social.

En cuanto que el hacerse dioses a imagen y conveniencia de uno sigue siendo una propensión humana, favorecida hoy socialmente, parece que la idolatría seguirá siendo el problema principal, tanto en sus expresiones seculares (sacralizar al poder económico y político, a las poderosidades desatadas por la ciencia-técnica, al consumo, a la etnia) como religiosas; no principalmente la vigencia de religiones falsas frente a la verdadera sino la de adorar en todas ellas a un Dios que es la proyección trascendida de las jerarquías sociales, de esos poderes a los que aludimos anteriormente. Si convenimos en que tanto los cristianos como los judíos como los hinduistas como los budistas adoran al

mismo Dios, el problema es y será la adoración en ellas a un ídolo que se llama lo mismo que el Dios verdadero. La soledad del creyente no será, pues, sobre todo respecto de gentes que se atienen a la medida de su relativa positividad y la de todo lo existente sino respecto de idólatras que lo van a mirar mal, si no se adhiere a su idolatría, porque ordinariamente no se adoran ídolos sino fetiches. El fetichismo es una deformación a la que son proclives las épocas en las que la injusticia desborda lo que pudiéramos achacar a la debilidad humana.

El ídolo, como no tiene vida propia, vive de sus adoradores y por eso resulta para ellos una carga pesada, tan pesada como el peso con que se presente; pero la idolatría es un asunto exclusivo de sus adoradores, las consecuencias en los demás son sólo indirectas. Así sucede, por ejemplo, con las religiones campesinas. El problema en ellas es adorar lo que sólo debe venerarse, y esta sumisión a lo que es menos que el ser humano, le hace perder sustancia y dignidad, en concreto en el caso de estas religiones, desconocen no sólo la persona sino incluso el individuo y reducen drásticamente la libertad. Pero cuando el ídolo es un fetiche el problema es mucho más grave porque el fetiche no vive de sus adoradores: ellos son sus sacerdotes, el pueblo sacerdotal, elegido, que vive de las víctimas que sacrifica a su Dios. En el fetichismo las víctimas son siempre otros. Ya Marx habló con sabiduría profética del fetiche de la mercancía. Hoy la omnimoda libertad para el capital es un fetiche al que sus sacerdotes, los accionistas mayoritarios, los grandes gerentes, los altos técnicos de los organismos multinacionales y los mandatarios de la mayoría de las naciones, sacrifican a las mayorías de la humanidad. Lo mismo podemos decir del fetiche de la nación, que esgrime Bush, con el destino manifiesto de poner orden y progreso en el mundo llevando a todos los sitios su estilo de vida del que son expresión sus empresas. El imperio estadounidense es un fetiche que llena de ruinas y muertos el tercer mundo y vacía de sustancia a quienes aceptan su estilo de vida. Hoy podemos hacer la misma observación que Pablo hacía a los corintios: el mundo está plagado de dioses y señores (1Cor 8,5). Sobre todo está plagado de fetiches. También el aparato eclesiástico y el dios al que él invoca pueden ser fetiches. Un mundo de fetiches es un mundo de sacrificadores y de víctimas, un mundo ritualizado en el que la violencia no aparece como tal sino como algo necesario, exigido por la realidad de las cosas.

En un mundo así, que es nuestro mundo, el que se declara ateo de esas divinidades que quitan la libertad y chupan la vida, el que no tiene más Dios que el Padre de Jesucristo ni más Señor que Jesús de Nazaret, Dios y Señor liberadores, que nada piden, que cargan con nosotros y que lo único que admiten de nosotros es nuestra libre correspondencia, se expone constantemente a ser

dejado de lado, una exclusión meramente negativa, sin palabras, sin amenazas siquiera, pero maciza. El que no cargue la marca de la Bestia no va a poder comprar ni vender (Ap 13,17) y, al estar fuera del mercado, no va a tener vida. Esto no va a suceder con decretos dictatoriales sino con una mera exclusión tácita. La marca de la Bestia no consiste en ningún sello visible; es algo tan impalpable como aceptar una lógica absolutamente asimétrica, aceptarla como lógica, como buena o por lo menos como lo único real y posible.

Si ése es nuestro mundo, un cristianismo sociológico no va a pasar de ser el alma de un mundo desalmado: la trascendentalización de lo que carece de gloria, de peso humano, de santidad, de dignidad. Se sacraliza de dos modos, bien directamente, proclamando que esa lógica produce la vida que hay y, como produce lo que existe tal como existe, detrás de ella está el creador de vida. Así se han llegado a sacralizar los Estados, las naciones y hasta las mismas empresas globalizadas, afirmando de ellas que son el siervo de Dios de nuestros días, sin figura, ya que son anónimas, criticada por los intelectuales que les achacan todos los males, pero llevando sobre sus hombros el peso de nuestra historia. Pero es más frecuente sacralizar la situación y el sistema indirectamente: proclamándolo insignificante en orden a la salvación y creando un ámbito de salvación que se pueda componer con él.

Sólo la mística, la relación real con el Dios encarnado en la historia y que se juega su gloria en su humanización, puede dar libertad para vivir como ateo de los fetiches, es decir sin ser su sacerdote ni blasfemar de ellos. Sólo un místico puede proseguir la historia de Jesús, siendo como él y con él testigo del mundo fraterno de las hijas e hijos de Dios: viviendo ya como tal y sembrando esa fraternidad por donde pase. Si el sentido de la Iglesia es ser sacramento de salvación, sólo los místicos podrán serlo. Sólo una Iglesia de místicos será significativa para la humanidad y fermento de ella.

## **LA PROFECÍA COMO ACTUACIÓN CONSTRUCTIVA DE LA LIBERTAD**

Si tiene sentido lo que venimos diciendo, la profecía consistirá en la actuación de esta libertad espiritual con la que ni se ofende ni se teme, con la que se construye una lógica y una historia alternativas, transformando las actuales desde dentro. Cualquier proclamación verbal que no sea expresión de esta vida alternativa, no será profecía sino palabra desencarnada que no interpela ni da vida. Por eso hoy la mística es profética, no sólo significativa sino más específicamente buena nueva. La libertad espiritual desdiviniza al fetiche: pone

al descubierto que su poder no es incontrastable. Y no porque otro fetiche más poderoso lo haya suplantado sino desde la impotencia del que renuncia a imponerse sobre nadie, pero que tampoco lo teme. En este sentido preciso dice la carta a los Hebreos que Jesús ha venido a liberar a los que por temor a la muerte pasaban la vida entera como esclavos (2,15). Los ha liberado no en un combate con las mismas armas que los que esclavizan sino no oponiendo resistencia pero manteniendo su propio juego, su propia postura en la vida. Así demostró la impotencia del imperio que no fue capaz de quebrarlo sino que estimuló su consistencia de manera que no sólo murió como hermano de los que lo aceptaron sino que se hizo hermano de los que rechazaron su fraternidad hasta el grado de asesinarlo. El que prosigue la historia de Jesús con su libertad muestra los límites del sistema, muestra que es posible vivir en libertad respecto de él y de este modo trasformarlo. En esto consiste la profecía del místico: proclama con la realidad de su vida que, el que vive del Dios vivo y verdadero, alcanza libertad para vivir dentro de esta figura histórica relativizándola y devolviéndola así a la flexibilidad de lo histórico.

Quiero insistir en que la profecía en este sentido más básico y global no consiste en la condenación de la dirección dominante de este figura histórica sino en su desdivinización, es decir en su desabsolutización, para que, vuelta a la fluidez de lo histórico, se pueda obrar el discernimiento interno de sus elementos que propician o pueden propiciar la humanización y de los que deshumanizan, para potenciar los primeros y trasformar superadoramente los segundos. Este punto me parece decisivo: muchas críticas a la globalización corporativizada presuponen que se la trata como a un fetiche, y es cierto que así se presenta. Pero al dirigimos a ella como fetiche, también nosotros la estamos divinizando, de este modo perdemos la libertad ante ella: sólo nos queda blasfemar. Así sólo contribuimos a que ella acentúe más sus rasgos fetichistas, la endurecemos, no la salvamos. Sin embargo, si nos dirigimos a ella como una realidad histórica, ambivalente como todas, aunque para nosotros sea más mala que buena, contribuimos a que se desabsolutice y acepte medirse por otros criterios que los dividendos que reporta a sus accionistas.

Pero además el místico, al corresponder a Dios, pone signos de esa vida humana liberada. Esos signos resultan proféticos porque anuncian un futuro posible y deseable, anuncian la presencia de ese futuro, aunque en ciernes. Y por eso anima a caminar hacia él, a construirlo.

Creo que es de justicia decir que sí existen estos místicos-profetas, que es lo mismo que decir estos cristianos, y que no son una excepción, aunque tal vez sí sean minoría. Cada vez son más visibles los ateos del sistema que viven con

libertad creativa. Unos viven en sus márgenes, que son los excluidos de participar de su producción y sus beneficios, y otros trasformándolo desde dentro. Éstos son los que viven en el mundo sin ser del mundo. Al vivir dentro, pero en otro horizonte, al no definirse como meros miembros de conjuntos, tienen más capacidad que los identificados con él para trasformarlo superadoramente, pero también en encrucijadas decisivas tienen el peligro de ser desechados y en bastantes ocasiones tendrán que renunciar a posibilidades de ganancias.

Una pregunta decisiva es si, además de esta profecía básica, hoy no hay profetas en el sentido restringido o si es que no los sabemos reconocer. Por de pronto sí habría que decir que una figura estereotipada de profeta, el que vocifera contra el fetiche, puede impedir reconocer el talante profético actual, que a lo mejor es menos patético, más razonable e imaginativo, más concreto y creativo, más suscitador y significativo. En este sentido sigue siendo plenamente actual el modo de ser profeta de Juan XXIII. Incluso personas como Monseñor Romero, que le tocó actuar en un escenario tan crispado, se reconocen por no aparecer como un iluminado ensimismado en su poder interior sino como el hombre de Dios lleno de misericordia, la persona de los mil contactos, abierto a todo el que lo requería, desarmado, pobre, pidiendo siempre ayuda y colaboración, razonando siempre su postura y apoyándola en constataciones de peso y ofreciendo siempre alternativas superadoras.

En todo caso parece que hoy es más diciente la profecía en acción o como talante humano que la mera proclamación verbal. Por ejemplo, el Papa actual ha dicho cosas muy importantes respecto de la cuestión social, pero sin duda son mucho más proféticos sus gestos a favor de la paz y en contra de la guerra, sus gestos a favor del diálogo creyente interreligioso y la confluencia de las religiones en torno a los temas trascendentes en los que se juega hoy la humanidad, y sus gestos en pro de la unión de los cristianos, para la que se muestra sinceramente dispuesto incluso a revisar el modo concreto del desempeño del papado.

## **II ¿EN QUÉ SENTIDO PARTICULAR ES MÍSTICA Y PROFÉTICA LA VIDA RELIGIOSA?**

### **LA PROFECÍA DE LA VIDA RELIGIOSA ES DEJARLO TODO PARA QUE TODO NAZCA DE LA RELACIÓN CON DIOS Y JESÚS DE NAZARET**

La Vida Religiosa está institucionalizada y no puede no estarlo, pero su esencia es el carisma. La Vida Religiosa no monopoliza el carisma en la Iglesia,

pero su única razón de ser es ser portadora del carisma. La mera utilidad funcional no justifica la existencia de la Vida Religiosa. El que sostenga obras que sean útiles para el sistema, el que transmita bienes civilizatorios y culturales, no es razón de ser suficiente. Una Vida Religiosa así sería in-trascendente; aunque pueda revestir cierta importancia para el establecimiento que encubra su falta de trascendencia. La historia de la Vida Religiosa no avala la tesis sociológica de la contraposición entre institución y carisma. Si en muy diversos momentos se ha dado el carisma dentro de la institución, es obvio que puede darse. Sin carisma, la Vida Religiosa se reduce a mero corporativismo.

El carisma es uno de los perfiles que adopta la mística. Es una relación con Dios en la que el sujeto se libera de muchas relaciones estructurales para que Dios dirija su vida y la moldee, incluso en su existencia social. Los seres humanos nos vamos haciendo adultos manejando responsablemente nuestra libertad con la que elegimos y nos elegimos; esa libertad se aplica entre otros a dos campos fundamentales: el económico en el que nos vamos convirtiendo en productores cualificados y manejando responsablemente tanto la inserción en la producción como el consumo, y el de la vida familiar ya que dejamos la familia en que nacimos y constituimos la nuestra. En la Vida Religiosa los votos de pobreza y castidad nos apartan de realizarnos en esos campos, y el de obediencia nos lleva a poner nuestra libertad en hacer la voluntad de Dios manifestada en los requerimientos de la situación, en el carisma congregacional, en las opciones del grupo y en último lugar en la voluntad del superior. El no jugarse la libertad a fondo en esos dos campos, tan centrales en la realización humana, tiene el enorme peligro de privar la vida de peso y contenido humano, ya que los aspectos a los que se renuncia son los cauces en los que la mayoría se hace adulta. Este peligro no debe ser subestimado. Pero cuando se lo encara desde la radicalidad evangélica, la libertad de ataduras tiene como finalidad acentuar al máximo la ductibilidad a la acción actual de Dios, es decir vivir de la relación con él y de este modo visibilizar su acción.

Con nuestra vida visibilizamos la acción actual del Espíritu de Dios sólo si vivimos de la relación de él con nosotros y de nuestra correspondencia a él. La gente ve que Dios es el Dios de la vida, si vivimos de él. Ahora bien ¿cómo sabrán otros y aun nosotros que vivimos de él, si vivimos con más seguridad y reconocimiento social que el ochenta por ciento de nuestros conciudadanos? En una situación así el voto de castidad puede degenerar en el sacramento de la instalación: es una situación tan ventajosa, que por ella se puede renunciar a la compañía de una esposa y a la alegría de unos hijos, y de paso también a tantos trabajos y tanta responsabilidad. Es decir que sólo desde una vida austera y

sobre todo desde la libertad respecto del tener y el consumir y desde el exponer la seguridad y aceptación social por la justicia del reino es cierto que uno es dúctil a la acción de Dios y puede por tanto transparentarla creíblemente.

Así pues mística para la Vida Religiosa significa una relación con Dios que moldee todos los aspectos de la vida, la adquisición de una completa libertad interior para que uno se deje moldear por la relación. Esto significa que la mística de la Vida Religiosa es eminentemente pascual: implica una muerte muy real a la búsqueda de seguridad económica y reconocimiento social, implica una vida de privaciones, por supuesto de cualquier exceso nocivo, pero también de elementos vitales útiles y convenientes. Sin un vacío real, Dios no encuentra espacio para dirigir cada paso de nuestra vida. El actualismo que caracteriza a la Vida Religiosa, esa ductibilidad para que Dios pueda poner al religioso en el lugar en el que él quiere manifestarse y con las actitudes que revelen su presencia y voluntad, exige como condición previa la renuncia radical a la posesión, no sólo de cosas sino sobre todo de prestigio y en el fondo la renuncia a uno mismo.

Así como lo típico de la espiritualidad laical es que la relación con Dios lleve la voz cantante en esa trama enmarañada de relaciones en las que está implicado, más aún estructuralmente comprometido, lo característico de la Vida Religiosa es dejarlo todo para que todas las actividades y relaciones que se vayan entablando sean expresión de esta dedicación a él, de su voluntad sobre el mundo. Hay en la Vida Religiosa una dialéctica muy radical de despojo y de asunción, de muerte a aspectos medulares de la trama de la vida, para vivir como resucitados y resucitadas la condición de hijas e hijos de Dios y de hermanas y hermanos de Jesús de Nazaret y en él de todos.

Todos los cristianos tenemos que vivir la fraternidad de los hijos de Dios. Pero es distinto vivir como hermanos esposos, hermanos padres, hermanos propietarios o empleados, hermanos políticos, hermanos enemigos, que vivir tendencialmente como hermanos hermanos, ya que se ha renunciado a la familia, a la inserción en el circuito económico, a la política militante. "Ser eunuco por el Reino", "dejar casas y campos por el Reino", "negarse a sí mismo" por el Reino no es algo pedido a todos y es algo bien radical. La vida nueva actúa a la medida de la radicalidad de la muerte. Si ella no se da en una medida apreciable, la Vida Religiosa es sal que ha perdido el sabor, es mentira viviente, ya que profesa lo que no vive.

Esta concepción de la vida carismática excluye una Vida Religiosa masificada. Un tipo de vida así no puede no ser altísimamente personalizada. Eso no significa que sea para pocos. Es para aquellos a los que Dios llama, ya que no puede entenderse como una decisión voluntarística sino como la respuesta

humilde y generosa al don de Dios. La Vida Religiosa no es de perfectos sino de los que cada día deciden vivir así, aunque en el examen del día reconozcan una y otra vez que no estuvieron a la altura. Dejan de ser religiosos si se resignan a no intentarlo poniendo en ello toda la vida. El resultado, la fecundidad, queda en manos del que los llamó.

Ahora bien, la Vida Religiosa no es de anacoretas sino de cenobitas, es decir es una hermandad que se establece al entender cada uno su vocación personalizada como convocación. Eso significa que el empeño en responder incluye la ayuda fraterna para que los demás también procedan con la misma fidelidad. Éste es el sentido preciso de la funcionalidad de las reglas y normas de la Vida Religiosa. A ello deben encaminarse y por ello deben medirse. No sólo eso, la vida religiosa posconciliar conoce la novedad histórica de la comunidad como fraternidad evangélica directa y abierta, como sustitución a la antigua vida regular. La vida regular no es privativa del cristianismo: existe en otras religiones y siempre alcanza una gran estabilidad. Sin embargo la fraternidad directa, como no está soportada por normas, reglas y horarios preestablecidos sino atendida a su ejercicio efectivo, no tiene más estabilidad que la derivada de la actuación de la fraternidad, depende íntegramente de que la fraternidad se haya internalizado tanto que se convierta en hábito, es decir en fidelidad. Esto significa que un indicador muy fehaciente de la existencia de relaciones trascendentes con las personas divinas es la existencia real de esa fraternidad evangélica directa y abierta, que es rigurosamente trascendente.

### **LA PROFECÍA DE LA VIDA RELIGIOSA ES LA VIDA CONCRETA QUE NACE DE ESA RELACIÓN TRASCENDENTE**

La profecía peculiar de la Vida Religiosa radica en este modo de vivir, y si él no se da, ninguna proclamación ni obra podrá suplirla. La profecía es la verificación de esa existencia mística. Es ese vaciamiento y esa obediencia radicales, o dicho de otro modo esa libertad y disponibilidad totales lo que constituye desde el punto de vista del religioso su disposición a lo que Dios quiera hacer con él. Pero es lo que de hecho el Señor va haciendo con él lo que dice a los demás el sentir y el querer de Dios. La mística como tal es trascendente. La vida que sale de esa relación trascendente es el modo que tienen los demás de percibir la verdad y la fecundidad de esa relación con Dios. Así pues, la otra cara de la mística es la profecía.

La relación con Dios nunca es ensimismada. El que se relaciona con el Dios cristiano, en su encuentro acaba llevando con él al mundo, y acaba

encontrándolo en Dios, y Dios nunca retiene sino que envía a participar de la misión de su Hijo. Así pues la mística, como es la relación filial con Dios que entabla un hermano, va al encuentro con Dios llevando consigo a los demás y va al encuentro con los demás llevando consigo a Dios. Así pues la mística cristiana nunca es desentenderse de los demás para recrearse en Dios. Esa falta de solidaridad sería negar el amor que Dios derrama en uno. La mística cristiana es siempre de encarnación: de echar la suerte con los demás. Pero quien va a Dios como hermano, va a vaciarse en Dios, a rendir completamente la propia voluntad a la suya, a ponerse completamente a su disposición. Sabe que no es tiempo aún del abrazo sin término, que este tiempo está signado por el envío. Por eso la mística toma la forma de enviado de Dios al mundo.

Lo característico del laico es consagrar el mundo al vivir la familia, el trabajo, las múltiples relaciones sociales, la política, desde el espíritu de las bienaventuranzas: desde la pobreza espiritual, desde la misericordia, la mansedumbre, la limpieza de corazón, la procura denodada de la paz, el hambre y sed de justicia. Lo propio del religioso es manifestar la presencia del futuro. El futuro es Jesús resucitado. Es futuro, caminamos hacia su encuentro. Pero ya actúa sobre nuestro presente atrayéndolo a sí. La profecía del religioso es vivir del futuro, pero no huyendo del presente hacia adelante sino haciéndolo presente en el presente de modo que éste se desabsolutive y quepa una humanidad más plena. Por eso su vida es una existencia pascual. Ha muerto no sólo al pecado sino a la prestancia del presente, pero vive la vida eterna: la existencia fraterna de los hijos e hijas de Dios. La profecía es la concreción de esa existencia filial y fraterna: las manifestaciones de libertad filial que libra de la preocupación y la angustia dentro de la necesidad y capacita para ocuparse en la obra de Dios, que es construir expresiones concretas de fraternidad. Quiero insistir en que la base para poder salir al paso de necesidades del presente es la libertad interior que se logra en la desposesión radical que simbolizan los votos cuando son trascendentes. En este sentido la mística es la base de la profecía.

También lo es en otro sentido: mística es vivir de la misericordia de Dios: en el doble sentido de creer que Dios lo acoge a uno inmerecidamente y de derramar sobre los demás la misericordia que él tiene con uno. La profecía es la historización de dar rienda suelta a la misericordia. Si el religioso ha renunciado a los ejes estructurales de la vida y está completamente disponible a la acción de Dios en él, el ejercicio de la misericordia no será solamente el modo como vive su trabajo, sus relaciones familiares y sociales, sino que será más precisamente lo que structure su vida, será el qué y no sólo el cómo. Ése es el sentido de tantas obras de la Vida Religiosa cuando son verdaderamente carismáticas. Pongamos dos ejemplos.

Vivir carismáticamente una obra educativa es vivirla de modo que la normalidad exitosa no sea lo absoluto sino sólo una plataforma abierta al encuentro humano con los docentes, padres y representantes y alumnos, en el que se cultive y florezca la humanidad que tiene su arquetipo en Jesús de Nazaret. Esto implica que los que se encuentran no están determinados por sus funciones sino que sus funciones son canales para su constitución como sujetos, como seres autónomos y responsables que ponen su realización y felicidad en la entrega a causas concretas trascendentes.

Lo mismo podemos decir de la conducción carismática de un centro de salud popular. No es poco conseguir una normalidad dinámica, en este caso podemos decir que eso es ya un empeño trascendente; pero lo más carismático está en llevar el proceso de atención de tal modo que los enfermos puedan crecer humanamente en ese trance doloroso, para lo cual el personal que los atiende debe entablar con ellos relaciones mutuas y horizontales. Es claro que este tipo de relaciones no está contemplado en el horizonte del sistema. Pero sólo ellas lograrán que el paso por el centro pueda ser salvador en todo caso para los enfermos, y humanizador también para los que los atienden.

No hace falta explicar que la existencia de la comunidad como fraternidad evangélica directa y abierta constituye no sólo la mejor plataforma para ese tipo de dedicación, sino que en sí es una profecía insigne en un mundo en que no es fácil realizar alternativas superadoras entre el individualismo que entabla relaciones sin comprometerse a constituir un nosotros y el corporativismo despersonalizador.

### **III DIFICULTAD Y EXIGENCIA QUE PLANTEA LA CRISIS ACTUAL PARA QUE LA VIDA RELIGIOSA SEA MÍSTICA Y PROFÉTICA**

#### **CRISIS ECONÓMICA Y CRISIS DE SENTIDO**

América Latina atraviesa por una tremenda crisis económica. Esta crisis se traduce en una gran inseguridad ya que ha quedado radicalmente disminuido el papel del Estado como plataforma de solidaridad. El contrato de trabajo no está protegido y por tanto el puesto de trabajo es tremendamente volátil, además la seguridad social apenas funciona, por lo que la enfermedad y la vejez amenazan más a la seguridad vital que al propio cuerpo. El salario no basta ordinariamente para que viva la familia, por tanto tiene que trabajar no sólo el varón sino la esposa y los hijos que puedan.

Esta crisis económica no es el efecto de la transformación indispensable para la entrada en la economía globalizada en condiciones de iniciativa dinámica. No está producida por la sobreexplotación de los empresarios que descargan en los trabajadores el costo de la transformación. Así es en algunos casos, pero en la mayoría se debe precisamente a la incapacidad de emprender una transformación superadora y a la ausencia de un Estado y unas organizaciones intermedias con objetivos claros, capacidad de gerencia y sensibilidad social. Es pues una crisis estructural, signo de que la región no es hoy por hoy viable y no encuentra salidas.

Esto significa que la crisis no es principalmente económica sino de modo más radical de proyecto, de rumbo, de sentido histórico, y más profundamente aún de penuria de subjetividad social para enfrentarse al desafío. Todos tenemos que crecer mucho más como sujetos y tenemos que plantearnos realmente el problema de la incorporación de las mayorías populares, con las transformaciones que ello conlleva en la estructura social.

El deterioro económico y la descomposición del tejido social han sido tan rápidos que muchos están aún como pasmados, tratando de procesar el duelo, otros muchos buscan salidas individuales, y todavía es minoría la que se plantea responder al desafío.

A la mayoría de las congregaciones religiosas esta crisis les ha sorprendido en pleno proceso de implantación en la región e incluso cuando el proceso entraba en crisis. Después de un período de trasplante e institucionalización, cuando empezaba el afianzamiento de las vocaciones, pero cuando más se notaba la desproporción entre los requerimientos de las obras y la escasez de religiosos activos para llevarlas, en parte por el envejecimiento de los que las iniciaron y en parte porque muchos de los insuficientes relevos están aún en formación, la crisis económica y societal amenaza con echar todo al traste.

Pero hay todavía un aspecto de la situación que golpea de modo más sordo pero mucho más hondo también. Es la desvalorización de la propuesta cristiana en la dirección dominante de esta figura histórica, centrada en el producir y consumir, negadora de entidades colectivas y por tanto de proyectos históricos, que provoca la fragmentación humana y niega la responsabilidad social. En este esquema la relación con Dios como Padre materno y el seguimiento de Jesús para ponerse al servicio del Reino, de la construcción del mundo fraterno de las hijas e hijos de Dios, no tienen ningún sentido.

Si el aspecto económico y social de la crisis podía ser percibido como una dificultad ambiental que amenaza desde fuera, esta irrelevancia de lo cristiano

se siente como una amenaza total porque significa borrarlo a uno del mapa, ya que relega lo religioso a ofertas privadas para consumo privado. No creo que la Vida Religiosa como cuerpo haya querido hacerse cargo de este desafío, mucho menos que se dedique a responderlo, con las transformaciones que él conlleva.

## **REACCIÓN A LA CRISIS ECONÓMICA Y EXIGENCIAS PENDIENTES**

La Vida Religiosa está demasiado ocupada en responder a la crisis económica y a la de la agudísima escasez de personal. Es claro que las entradas económicas han disminuido drásticamente. Ello se refleja en un modo de vida bastante más austero, vivido en general con libertad evangélica. Este aspecto es positivo y ha tonificado a la Vida Religiosa. Con cierta frecuencia también ha ayudado a vivir la solidaridad comunitaria de modo bastante realista y sacrificado. No ha sido negativo que las religiosas y religiosos se hayan tenido que profesionalizar para ganar un sueldo, aunque ha disminuido un tanto la libertad para misiones más creativas y gratuitas, cosa que es de lamentar. A la hora de cerrar casas por la perentoria escasez de personal ha prevalecido frecuentemente la lógica institucionalista, y se han cerrado muchas obras de inserción. Sin embargo tanto la caridad, que es ingeniosa, como la solidaridad comunitaria sigue permitiendo este tipo de dedicaciones, que no pueden faltar en la Vida Religiosa, si quiere salvaguardar su condición carismática.

Pero no se puede ocultar que la Vida Religiosa no se ha planteado si en el pavoroso empobrecimiento de las mayorías de la región no hay un reclamo del Señor, más aún una oportunidad que él nos ofrece para una recarismatización mucho más radical. Es cierto que la Vida Religiosa excluye una pobreza como la que viven las mayorías porque ello iría en contra de la fraternidad. Pero del desvalimiento casi absoluto con que viven los pobres, debido a la exclusión del mercado de trabajo y a la falta de mecanismos de solidaridad social y la consiguiente dedicación casi obsesiva a la lucha por la sobrevivencia, a la austeridad asegurada de muchas congregaciones, hay bastante trecho; y no digamos nada, si comparamos esa pobreza con la relativa confortabilidad con que viven no pocos religiosos. La pregunta muy sencilla es, el voto de pobreza y la solidaridad con los pobres ¿no nos piden experimentar de algún modo la pobreza real de las mayorías, por lo menos como relativa carencia y algo de inseguridad, ya que no puede ser carencia ni inseguridad total?

Es claro que en esta situación de catástrofe en la que cada cual busca salvarse como puede, sin una relación fundante con Dios, sin verdadera mística,

no hay libertad para no buscar compulsivamente la seguridad. Por eso la mística, es decir el apoyarse tan realmente en Dios que se pueden afrontar los riesgos de caer en la pobreza y la inseguridad, es hoy auténtica profecía. ¿No es ésta la profecía que Dios nos pide y que la gente aguarda? Creo que deberíamos avanzar simultáneamente en dos direcciones: Ante todo en la solidaridad abierta con los pobres, entendiendo por tal la que no es mero ejercicio profesional sino relación personal. Creo que esta solidaridad es tan importante, que sin ella no se cumple hoy el voto de pobreza y la Vida Religiosa se convierte en antisigno. Pero también hay que avanzar secundariamente en el camino de la libertad real respecto de cosas, en el camino del despojo, entendido como no necesidad. Sin este esfuerzo, la solidaridad se verá amenazada, se estancará, bien porque se convierta en mera profesionalidad, bien porque se dará una retracción, por no poder soportar las exigencias.

### **LA CORPORATIVIZACIÓN COMO MODO DE PALIAR LA CRISIS DE SENTIDO**

El modo meramente instintivo de adaptarse a esta época de mercado corporativizado y de enfrentar la escasez de vocaciones es corporativizándose. Esto implica distinguirse de la competencia por la marca de los productos que oferta y cultivar así un mercado en base al sentido de pertenencia a la familia congregacional. Cada obra se identifica por los iconos de la familia: desde el nombre del plantel a la efigie del fundador o la fundadora en sitios céntricos, a máximas de ellos en las paredes, a la celebración de fechas claves de sus vidas y la de la congregación, a prácticas que ellos recomendaron, reuniones incesantes respecto de sus propuestas en el área correspondiente, sea la educación, la salud, la vida devocional, al estilo de organización, hasta descender a cosas mucho más triviales como franelas, cachuchas, bolígrafos con el logos característico, afiches alusivos y otras muchas señas de identidad.

Obviamente que algo de esto tiene que existir, es sano que exista, es humano. Lo que caracterizamos de corporativo no es que exista sino que su desarrollo sea tan desmesurado que lo carismático ya no significa el modo peculiar con que el fundador o la fundadora siguieron a Jesús de Nazaret sino que en la práctica se configura como una oferta integral, que incluye, por supuesto, referencias a Jesús de Nazaret. El énfasis en lo que distingue a la familia religiosa de las demás es tal, que lo común cristiano es realmente secundario, incluso lo común que caracteriza a la Vida Religiosa, más aún lo que congregaciones comparten como perspectiva de Iglesia y proyecto pastoral. La consecuencia

más visible es la pérdida de la intercongregacionalidad y de la pastoral de conjunto.

Queremos insistir que valoramos como algo sumamente positivo explicitar la propuesta cristiana en las obras que lleva la Vida Religiosa: es nuestro tesoro que, porque nos llena, queremos compartir con los que compartimos el trabajo. El retraernos de dar esta propuesta, que tuvo lugar en décadas pasadas por efecto de la aceptación tácita e incluso a veces programática de la secularización, no fue fecunda sino que privó de energías y dirección vital a muchas personas e incluso a veces a los propios religiosos. Pero cuando esta explicitación de lo religioso forma parte de la propuesta corporativa no busca tanto la conversión cuando la asunción de un lenguaje, de un estilo, de un aire de familia, de una identidad. Por eso lo cristiano se centra en gran medida en los elementos que caracterizan a esa familia religiosa. Este carácter corporativo se echa también de ver en que se propone también con una cierta compulsividad y tiende a ser asumida por los colaboradores como parte del paquete laboral. Esto suele acontecer en un ambiente efusivo que enmascara la presión, incluso a los ojos de los propios religiosos, y en muchos casos se suele aceptar sinceramente porque ese cierto familismo se vive como la tierra propia deseada en este mundo sin hogar y porque hace más llevadero el trabajo, que tiende a ser visto desde ese ambiente como obra común y compartida en la que el no religioso no es un simple asalariado.

Esta funcionalidad de la propuesta, incluso su relativa positividad, el avance real que las personas sienten al participar en ella, oculta el déficit de trascendencia, tanto en el sentido de que las relaciones con la familia que se ha formado en torno a la congregación religiosa suplantando la centralidad de la relación con el Padre de Jesús y el seguimiento a Jesús de Nazaret, como en el de que el confinamiento a ese ámbito particular sustituye a la encarnación abierta y solidaria en su sociedad.

Los religiosos que están en esta propuesta, como se la pasan verbalizando el carisma fundacional, no perciben que llega un punto en que la verbalización del carisma es inversamente proporcional a su ejercicio. El carisma es acción, la relación con el Espíritu es coincidir con él en la acción. Tiene sentido la referencia a Jesús porque la acción se plantea como seguimiento suyo, y secundariamente también es pertinente la tematización del seguimiento del fundador o la fundadora porque el seguimiento de Jesús se da en la Vida Religiosa según la modulación de la fundadora o el fundador. Pero cuando lo secundario lleva demasiado tiempo y energías, acapara en gran medida la atención, de tal modo que de hecho es el centro de la propuesta institucional, ya no se puede decir que es una modulación

del seguimiento de Jesús de Nazaret sino que en realidad sustituye al seguimiento o por lo menos lo vuelve secundario. Creo que algo de esto está pasando.

## **CORPORATIVISMO VERSUS ENCARNACIÓN SOLIDARIA**

Para mí el efecto más grave de esta corporativización es que impide la constitución de las religiosas y religiosos en sujetos, que es la contribución que debería dar hoy la vida religiosa en América Latina y que debería constituir su profecía más elocuente y significativa. En efecto, los religiosos que viven de este modo se definen como miembros más o menos cualificados del conjunto congregacional, y más allá de él, del conjunto de la familia de religiosos y laicos que se agrupa en torno. Quien se define como miembro de conjuntos no se define como persona, ya que al trascendentalizar una relación que no es trascendente, relativiza las relaciones trascendentes de hijas e hijos de Dios y de hermanas y hermanos, que son las que constituyen como personas.

El efecto más demoledor del mercado totalitario es precisamente la compulsividad, derivada tanto de la ley de hierro de la competencia como de la fascinación para consumir. La competencia impulsa a adaptarse, a singularizarse por la excelencia dentro de las reglas de juego; la propaganda nos seduce elementarizándonos, disolviendo nuestra estructuración personal para que manden en nosotros los impulsos más elementales, ya que entregarnos a ellos es entregarnos al consumo que mágicamente promete colmarlos. Por ambos caminos se nos impide constituirnos como sujetos, es decir se nos hace ver que es inviable vivir desde la autonomía responsable, desde la libertad liberada, desde la raíz del querer y que menos aún está el tiempo para la entrega personalizada a personas y a causas personalizadoras.

En América Latina la omnipresencia de las corporaciones mundializadas y el déficit de vida ciudadana, de organizaciones intermedias y de política genuinamente democrática conspiran al unísono contra la constitución del sujeto, con lo que se establece un círculo vicioso, porque sólo verdaderos sujetos pueden constituirse en auténticos ciudadanos, revitalizar la democracia y poner reglas de juego a las corporaciones descorporativizando el mercado.

En esta situación ¿no estaría llamada la Vida Religiosa a cultivar las relaciones de hijos y hermanos, de las que dice vivir, con tal prestancia que al vivir realmente de ellas se constituyeran en auténticos sujetos, en mujeres y varones libres, y contribuyeran a crear sujetos densos desde su libertad liberada? Si santidad connota peso humano, fundamento, densidad personal, prestancia,

pero no autocentrada sino transitiva, recibida y entregada ¿no sería precisamente ésa la contribución específica que la región necesita y espera?

El corporativismo es un sustituto barato de esta fraternidad trascendente, ya que el tono cálido, la convivialidad efusiva, incluso la generosidad dentro del grupo suenan al que los vive como auténtica fraternidad cristiana; más aún porque se alude constantemente a motivos cristianos. Pero no es así. Primero porque el lazo de unión es el carisma, pero no en cuanto una insistencia concreta del seguimiento de Jesús sino como contenidos específicos cultivados de algún modo por sí mismos, como señas de identidad. Así pues, son contenidos buenos, pero no trascendentes sino trascendentalizados. Este tipo de contenidos no da lugar a verdaderos sujetos que se relacionan de modo abierto, en el nivel de lo humano, que es por eso personalizador, sino que se desarrolla al nivel de compañeros, de correligionarios. La contraprueba de que esto es así es que ese aire de familia, que resulta tan gratificante, se desarrolla entre los que lo comparten, no busca trascenderse de modo abierto.

Insisto tanto en el corporativismo de la Vida Religiosa porque, a diferencia del de las corporaciones económicas mundializadas, que buscan el privilegio y de este modo conspiran con lo que de positivo tiene el capitalismo, que es la competencia abierta basada en la productividad lograda por la constante innovación técnica y el perfeccionamiento incesante de la organización empresarial, el de las congregaciones religiosas es, digamos, sano, ya que no quiere privilegios a costa de nadie sino que se basa en una propuesta cualitativa que cultiva con esmero. Su límite es que es un modo sano, pero no profético, de superar la carencia de hogar en este mundo desalmado. No es profético porque es un modo de salvarse del ambiente general. Es lo contrario de la encarnación que propugnó el Concilio, que significa meterse solidariamente en el mundo para salvarlo al modo de la levadura. En esta falta de encarnación radica su falta de trascendencia. Sin embargo no es fácil que se perciba porque las religiosas y religiosos salen de sus comunidades para hacer comunidad con la familia que comparte el carisma. Es verdad que hacen tuyas las alegrías y esperanzas, las angustias y tristezas de sus colaboradores y destinatarios. ¿No consiste en esto precisamente la encarnación solidaria que propuso el Concilio? No, porque la solidaridad que propone el Concilio es con los seres humanos de nuestro tiempo; lo que pide es la "unión íntima con la familia humana universal" (GS 1). Por eso añade: "nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón" (id). La solidaridad primordial y trascendente, según el Concilio, es con los seres humanos como tales, no con los míos, los de mi espiritualidad. Si se diera la primera solidaridad de modo tan concreto como se presenta la segunda, no

habría ningún problema en que ésta se diera, como también es trascendente la comunidad religiosa como fraternidad evangélica directa cuando es abierta. El problema no es lo que se hace sino su carácter sustitutivo y no complementario. Si todo ese mundo alrededor del carisma sirviera para una encarnación más decidida y trasparente en la sociedad que nos toca vivir, ya no estaríamos hablando de corporativismo.

El problema del corporativismo es que confunde el ejercicio del carisma con su verbalización, la relación trascendente con la relación establecida en base a códigos compartidos, la formación de familias con la constitución de la gran familia de las hijas e hijos de Dios.

### **EMERGENCIA DE NUEVOS SUJETOS SOCIALES EN AMÉRICA LATINA Y NACIMIENTO DE UNA NUEVA ÉPOCA**

Hasta ahora hemos hablado de la crisis económica de la región y de la crisis que provoca esta nueva época en la que lo cristiano no tiene más vigencia que la que le otorguen sus adherentes. Insistíamos que la crisis económica ni siquiera se encara a nivel institucional ni de sujetos sociales y que por eso no tiene visos de resolverse sino que se va agravando cada vez más. Vamos ahora a explicitar el problema de los sujetos sociales porque tiene que ver con la institución eclesiástica y en su tanto con la Vida Religiosa.

Es evidente que a nivel mundial hemos entrado en una época nueva cuyos perfiles todavía no se perciben con nitidez. Pero debería quedar también muy claro, y sin embargo no lo está, que a nivel de la región latinoamericana también estamos transitando a otra época. La época a partir de la cual nació América Latina tenía por sujetos a los amerindios. La que se forma en el siglo XVI y dura hasta la segunda mitad del siglo XX tiene por sujetos hegemónicos a los españoles y portugueses y más en general a los occidentales. Esta época se divide en dos períodos: en el primero comparten la hegemonía los españoles europeos (fuera del caso de Brasil y las Antillas menores) y los americanos. En el segundo, ésta pasa íntegramente a los americanos. Entre ambas etapas está la guerra de la Emancipación. Los occidentales aclimatados en América, oriundos ya de ella, pensaron que habían crecido tanto que no necesitaban ya el impulso de los de Europa y por eso rechazaron su dominio. Ellos solos podían señorear a los demás americanos, tanto a los amerindios como a los negros como a los distintos tipos de mestizos, que fue la novedad histórica que se incubó en esa época. Bajo formas políticas diversas los occidentales no cejaron en su empeño de dominar

a los demás. El dominio se objetivó en las instituciones, moldeadas por ellos. Los partidos políticos, los parlamentos, el sistema judicial, la burocracia estatal, empezando por la educación, los ejércitos, pero también los gremios empresariales, profesionales y los sindicatos... todo tiene la impronta criolla. También la institución eclesiástica es una institución criolla.

La masificación de las instituciones conforme avanzaba el siglo XX tenía dos raíces: la primera que los occidentales americanos no podían cubrir todos los puestos. Pero la segunda es el empuje de los demás pobladores de América Latina. La democracia, para los occidentales dominantes significó que se podían admitir en la clase dominante no sólo a los occidentales sino a los occidentalizados. La educación, la política y el trabajo profesional han sido los grandes canales de ascenso. Pero se entendió que en todo caso el paradigma no es otro que el occidente. Lo no occidental es muy valioso para los museos y para el folklore. Hay que venerarlo, sin duda, pero debe ser puesto cuidadosamente de lado para el funcionamiento estructural de la sociedad.

Pues bien, hoy muchos sujetos no occidentales de América Latina asumen bienes civilizatorios y culturales del occidente para conservar su identidad no occidental. Así como en Europa muchos emigrantes y más aún hijos o nietos de emigrantes nacidos allí reivindican el derecho a no asimilarse sino a conservar su identidad, así en América Latina un número creciente de amerindios, de negros y de mestizos y mulatos, que obviamente son la mayoría de la población, empiezan a reivindicar con toda energía y resolución su condición de sujetos sociales. Ya no quieren asimilarse. Prefieren asumir aquellos bienes civilizatorios y culturales que les posibiliten vivir desde su identidad y configurar con ella los países a los que pertenecen. Mucha de la agitación presente tiene como uno de sus componentes ineludibles la emergencia histórica de estos sujetos sociales que aspiran resueltamente a reconfigurar América Latina de un modo inédito. Es terrible ceguera histórica no quererlo ver.

### **LA VIDA RELIGIOSA, HERALDO Y COMPAÑERA DE CAMINO DE ESTOS NUEVOS SUJETOS QUE SURGEN RECLAMANDO SU LUGAR**

¿Qué tiene que ver esta realidad surgente con el tema que nos ocupa? La emergencia de estos nuevos sujetos sociales que exigen un reacomodo a fondo de los paradigmas, y por tanto de las instituciones y del ambiente, reclama a la Vida Religiosa de dos modos. Ante todo le piden que no obstaculicen la emergencia de estos sujetos, que la discernan como algo querido por Dios, que la proclamen

como un acontecimiento de justicia histórica que reclama que se le dé lugar y más en concreto que le dé lugar el sujeto social de occidentales y occidentalizados, con lo que eso entraña de redimensionar su lugar social y sus expectativas y, por supuesto, sus relaciones con ellos.

Pero la Vida Religiosa en América Latina ¿podrá asumir esta profecía, si ella misma forma parte de ese sujeto social que tiene que ceder lugar? Si ella vive la crisis, como las demás instituciones, como una amenaza que hay que conjurar hasta que se pueda ¿cómo va a ver la emergencia del sujeto amerindio, negro y mestizo como algo querido por Dios, como una irrupción posibilitadora, enriquecedora, dinamizadora? ¿Cómo se va a alegrar de ella y va a ser su heraldo?

Es claro que una Vida Religiosa corporativizada, que se mira a sí misma con complacencia, que vive una existencia centrípeta, no tiene ojos ni sensibilidad ni capacidad de aventura, es decir no tiene carisma para mirar en esa dirección. Como tampoco una Vida Religiosa tan sobrecargada institucionalmente que toda su energía está concentrada en que funcionen las obras hasta que se pueda. Como tampoco una Vida Religiosa absorbida por la angustia de resolver el problema del relevo vocacional. ¿Y no es ésa en gran medida la Vida Religiosa que existe en América Latina hoy?

Es claro que sólo una Vida Religiosa cuya relación con las personas divinas sea tan densa que vaya configurando a sus miembros, a sus comunidades y a sus instituciones, es decir una Vida Religiosa mística, podrá abrirse a esta novedad epocal tan azarosa y embarcarse en ella desde la sensibilidad de la encarnación. Sólo ella tendrá libertad para emprender esta aventura.

Podríamos decir que la Vida Religiosa es la institución más preparada para esta misión. Y de algún modo así es, si tomamos en cuenta a esa Vida Religiosa que desde los años sesenta se encarnó en medios populares y a ésa que asumió la perspectiva popular como perspectiva desde la que veía lo demás. Sólo que esa Vida Religiosa no es hoy la que da la pauta. Ni siquiera se puede decir que ésa sea la tónica entre los que viven en esos medios. Porque se puede vivir y se vive entre los pobres desde una lógica institucionalista, que es lo contrario que una actitud de encarnación. Sin embargo sí queda una minoría que podría ir alumbrando el camino. Ver claro esta dirección histórica y verla como oportunidad salvífica, alegrarse con ella y acompañar el proceso desde abajo es sin duda una misión que Dios encomienda a la Vida Religiosa en América Latina y que está llamada a ser profecía elocuente y renovadora.

Pero, claro, la condición de posibilidad para emprender este proceso sin trampa es poner en claro su configuración occidental, como parte de la institución

eclesiástica, y preguntarse si Dios no le pide alumbrar nuevas posibilidades, tanto en el cristianismo latinoamericano como más en concreto en la institución eclesiástica, como también en sí misma. Si no contribuye a que también en la Iglesia latinoamericana los sujetos occidentales den lugar para que los sujetos no occidentales ocupen su puesto sin asimilarse sino dando lugar a otras configuraciones, no tendrá autoridad moral para pedirlo en otras instituciones. Ahora bien, hablando en cristiano nuevas configuraciones sólo pueden provenir del seguimiento de Jesús con la misma radicalidad que la Iglesia primitiva, que los santos de otras épocas, que las fundadoras y fundadores de las órdenes y congregaciones religiosas. Y aquí viene de nuevo la unión inextricable entre profecía y mística. Si falta esta dimensión, todo se reducirá a una lucha sorda o abierta por el poder.